

De tanto alado pino? ¡Hay otro mundo  
Que el español intrépido someta?  
¡Hay otros que acometa  
Riesgos por el Océano profundo?  
¡Si es que al soberbio inglés moverá guerra,  
O si verá otra vez la Etnisia tierra!  
¡Adónde ha de ir, sino es donde le llama  
La santa fe, la verdadera fama?  
Estremeciéndose el africano suelo,  
Y temblaron de Orán torres y almenas,  
Del formidable vencedor á vista;  
En vano á la mezquita erróneo celo  
Trae madres y esposas, de horror llenas,  
A rogar que Mahoma las asista.  
No hay poder que resista  
Al impetu y ardor del león de España,  
Que vino, vió y venció; y el agareno  
Probó, de susto lleno,  
A un tiempo amago y golpe de su saña;  
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,  
Rasgarse en ronco trueno  
Las pardas nubes, y abortar el rayo,  
El pasmado pastor, y todo junto  
Arder cielo y encina á un mismo punto.  
Reconocen los bárbaros adarbes  
El ya noto pendon que se enardola  
Con armas de Castilla y celtiberas;  
Gimen de pena y rabia los alarbes,  
Al ver que el viento plácido tremola  
Con respeto la cruz de las banderas.  
De escuadras lisonjeras,  
De alados paraninfos cortejada,  
Entra la Fe triunfante por las puertas,  
Ahora de nuevo abiertas  
Por el celo de España y por su espada.  
Huye del Alcoran el falso rito,  
Y abandona desiertas  
Las mezquitas infames; y bendito  
El lugar profanado y templo inculto,  
Vuélvese á consagrar en mejor culto.  
Estas ¡oh noble España! son tus artes:  
Al cielo dirigir guerras y paces,  
Pelear y vencer sólo por Cristo;  
Del orbe entero ya las cuatro partes,  
Siempre invencibles, discurrir tus haces  
Por la sagrada religion han visto.  
Por tí, desde Calisto  
Hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,  
Al verdadero Dios el indio adora,  
Y el que en la tierra mora  
Donde al cruel Pluton se daba incienso,  
Por tí del Evangelio arbolada,  
Con mejor luz la aurora  
Del Ganges sale, y por tí da la entrada  
A nuestra fe la más remota playa  
Del Japon, de la China y de Cambaya.  
Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,  
El de Getulia y el feroz masilo  
Dejarán la impia secta y ritos vanos;  
Renacerán á más felice vida  
Cuantos habitan entre Lixu y Nilo  
Abrazando la ley de los cristianos,  
Con tratos más humanos  
El togado español pondrá sus leyes  
Entónces al morisco vasallaje,  
Y párias y homenaje  
Recibirá de los vencidos reyes.  
La piedad, el valor, la verdadera  
Virtud y el nuevo traje  
Aprenderá la Livia prisionera;  
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,  
Su misma esclavitud la hará dichosa.  
Sulcará el industrioso comerciante  
El libre mar Tirreno y el Egeo,  
Sin temor de mazmorra ó de grillete,  
¡Si diré lo que mandas que ahora cante,  
¡Oh Febo! ó dejaré que lo que veo  
Claro en la edad futura otro interprete?  
El andaluz jinete  
Beberá del Cedron, el santo muro  
Libertado será, y el fiel devoto  
Podrá cumplir su voto,

De tiranos insultos ya seguro.  
Tendrá la España, más que un tiempo Roma,  
De su imperio en el coto,  
El marfil indio y el sabero aroma  
Para las aras y el sagrado fuego;  
Ven, oh dichosa edad, pero ven luego.  
De tu antiguo valor así no olvides  
Los ilustres ejemplos, patria mia,  
Léjos del ocio y de extranjería pompa;  
Ame el fuerte mancebo armas y lides,  
Y en vez de afeminada melodía,  
Guste solo del parche y de la trompa.  
Ambos ijares rompa  
Con la espuela el bridon; con pecho fuerte,  
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,  
Y por la brecha ascienda  
A buscar y vencer la misma muerte;  
O aprenda á domeñar del mar la furia,  
O á moderar la rienda  
Del gobierno político en la curia,  
Dejando en guerra y paz clara memoria  
Así se sube al templo de la gloria.  
Pues ya tanto tu vuelo se remonta,  
Cancion ligera y pronta,  
Vé de Orán á la playa,  
Y allá tambien contigo al campo yaya  
Este aplauso primero;  
Y di en mi nombre al vencedor ibero,  
Que si por dicha tanto  
Como ya su valor puede mi canto,  
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,  
Será eterna su fama en todo el orbe.

## CANCION II.

## Á LA DEFENSA DE ORÁN.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,  
Bien templada la lira y nuevo aliento,  
Que alcance á referir nuevas hazañas:  
Ya de Orán y de Ceuta las campañas  
Ofrecen otra vez alto argumento,  
Que á renovar aplausos nos obliga.  
El Africa enemiga  
Ya produce otras palmas y laureles  
Para adornar del español la frente.  
Tú, divina Piéride, consiente  
Que del furor sagrado con que sueles  
Grandes héroes cantar, y sus renombres,  
A pesar del olvido, entre los hombres  
Inmortales hacer, pida hoy no poco:  
Es justa la razon por que te invoco.  
Como la generosa águila altiva,  
Sobre las vagas aves hecha reina,  
Y que sirve al Tonante al pronto rayo,  
Si de su arrojé en el primer ensayo  
Culebra arrebató que escamas pema,  
Y erguida la cerviz su furia aviva;  
En vano ya cautiva  
De la garra feroz, silba y forceja;  
Que el ave, uñas y pico ensangrentada,  
No suelta más la presa, y remontada  
Por la region suprema, el vuelo aleja,  
Hasta que el monstruo el fiero orgullo abate;  
Y destrozado en desigual combate,  
Palpitando algun miembro, en tierra yace;  
Lo demas en el aire su hambre paca.  
Así la osada juventud de España  
Contra el moro obstinado ahora defiende  
Las conquistas debidas á su brio.  
En vano el ya perdido señorío  
La descendencia de Ismael pretende  
Recobrar con la fuerza ó con la maña,  
Veráse la campaña  
De Marruecos, de Argel y Terdante  
De púrpura teñida y rios rojos;  
Revolcará los bárbaros despojos  
Al mar del Mediodía y al de Atlante,  
Destinados juguete al Euro y Noto;  
Cuando despues sulcaré algun piloto  
Las playas hasta donde fué Cartago,

## II.

La hermosa primavera  
Desterrará al invierno, coronada  
La bella frente de jazmin y rosa,  
Cual iris que en las nubes aparece;  
Se alegra y reverdece  
A su vista la tierra, y olorosa  
Recrea los sentidos, recobrada  
La lozanía y juventud primera.  
Poco ántes prisionera  
La fuentecilla de enemigo hielo,  
Ya entónces libre fertiliza el suelo,  
Y nuevas yerbas alimenta y cria;  
Robles, hayas y pinos  
Vuelven á hacer la selva más umbría;  
En tanto al aire mil suaves trinos  
Esparcen las canoras avecillas,  
Más agradables cuanto más sencillas.

## III.

Sucedrá el estío,  
Y el Can fogoso y el Leon rugiente  
Marchitará la verde pompa y flores,  
Y agotará á la fuente sus cristales;  
Así bienes y males  
Mezcla pródigo el cielo; moradores  
Hay en la fria zona, hay en la ardiente,  
Sufriendo extremos de calor y frio;  
Su vario señorío  
Ejerce en todo la inconstante suerte.  
Nace sujeta á sucesiva muerte  
Cada estacion; murió la antigua gloria  
De Roma y de la Grecia,  
Cuyas soberbias ruinas y memoria  
Tanto la fama lisonjera aprecia;  
Que al impulso fatal de las edades  
Mueren tambien los reinos y ciudades.

## IV.

Sólo la virtud, bella  
Hija de aquel gran padre, en cuya mente  
De todo bien la perfeccion se encierra,  
Constante dura sin mudanza alguna;  
En vano la fortuna  
Hace contra su paz rabiosa guerra,  
Cual contra firme escollo inútilmente  
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella,  
Como la fija estrella  
Que el rumbo enseña al pálido piloto,  
Cuando más brama el Aquilon y el Noto,  
Al puerto guia nuestro pino errante.  
¡Quién con esto se acuerda  
De envilecer su plectro resonante,  
Bonde de vista la virtud se pierda,  
O un falso bien, ó un engañoso halago  
Sirva de asunto al canto, y más de estrago!

## V.

No, no; léjos aparte  
Apolo del Parnaso error tan ciego;  
Y en sus sagrados bosques no resuena  
Sino pura armonía y casto acento;  
Con severo instrumento,  
Calzado el gran coturno, el aire llene  
De trágico terror *Leghinto* (2), el griego  
Canto emulando en sencillez y en arte.  
Yo cantaré de Marte  
Las heroicas hazañas, que gloriosos  
Acabaron los hijos generosos  
De nuestra España, y llenaré la esfera  
De aplausos de su fama;  
Y sin ser por afecto lisonjera  
Mi voz, creciendo la apolínea llama,  
Me oirán remotos climas admirados  
Celebrar nuevos hechos ignorados.

(2) *Leghinto Dulichio* es el nombre que la Academia de los Arcades de Roma ha dado á don Agustín de Montiano, director de la Real Academia de la Historia, académico de la Real Española y académico honorario de esta Real Academia de las tres nobles Artes; aquí se alude á sus tragedias *Virginia* y *Ataulfo*. (Esta nota y las siguientes de la presente composicion son de LUZAN.)

Conocerá en los huesos el estrago.  
Es difícil empresa al enemigo  
La firmeza vencer de tales pechos,  
Que honra sólo, valor y fe respiran:  
Ya vulgares ejemplos no se admiran;  
Ya del brazo español no salen hechos,  
Sin conducir la heroicidad consigo.  
Del infeliz Rodrigo  
No dura más el ocio y muelle trato:  
Entre noble vergüenza y rabia lucha  
Cualquiera de nosotros cuando escucha  
El nombre pronunciar de Mauregato.  
Ya en defender circunvalado muro  
Con vária muerte es del ibero duro  
Propio, innato el teson, del cual arguyo  
Que sería obstinado, á no ser suyo.  
¡Oh Cantabria feroz! ¡Oh de Sagunto  
Inflexible valor! ¡Oh gran Numancia,  
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!  
Siempre que se renueva la victoria  
De nuestra heroica indómita constancia,  
Falta voz á la fama en tal asunto.  
Cuando el extremo punto  
Llegó del hado, el fiero numantino  
Al fuego se arrojó de rogos varios,  
Dejando admiracion á los contrarios;  
Trofeos no; que el vencedor latino,  
Cuyo valor no en vano se eterniza,  
Sólo pudo triunfar de la ceniza:  
No haga otra gente de constancia alarde;  
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.  
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna  
Virtud del padre toma el becerrillo  
Que en las dehesas de Jarama paca.  
¡Acaso alguno vió jamas que nace  
Del águila feroz triste cuclillo,  
Nocturno buho ó palomita tierna?  
Como en cadena eterna  
Se eslabona el valor, y la prudencia  
Se infunde al español de sus pasados,  
De aquellos ascendientes celebrados  
Esta nació valiente descendencia,  
De quien ahora tiembla el mauritano;  
Despues vendrán, y no lo espero en vano,  
Emulándose en glorias y en efectos,  
Los hijos de los hijos y los nietos.  
Cancion, si yo pudiese, bien querria  
Hacer de modo que tu voz oyese  
La zona ardiente, la templada y fria;  
Y que en tus alas faese  
La fama de mi patria y sus trofeos  
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,  
A los de Arauco, Taurra, Ida, Erimanto;  
Pero no son tus alas para tanto.

## CANCION III (1).

## I.

Ya vuelve el triste invierno,  
Desde el confin del Sarmata aterido,  
A turbar nuestros claros horizontes  
Con el ceñudo aspecto y faz rugosa,  
Con que, á influjos de la Ossa,  
Manda intratable en los rifeos montes  
Y en la Zembla polar, donde temido  
Señor de eterna nieve y hielo eterno,  
Con tirano gobierno,  
La entrada niega á todo trato humano;  
El piloto holandés se atreve en vano,  
Avido pescador del Ceto inmenso,  
A surcar codicioso  
El piélago glacial; el frio intenso  
Para su rumbo, y deja riguroso  
En remota region, léjos del puerto,  
La quilla inmóvil, el navegante yerto.

(1) Fue leida por el autor en la Academia de San Fernando, el 23 de Diciembre de 1753.

## VI.

Mas Febo en este día  
No me permite que de Marte airado  
Cante las obras y el furor horrendo,  
Ni estragou tristes de sus armas fieras.  
Cedan palmas guerreras  
A pacífica oliva, y el estruendo  
Militar se convierta, mejorado,  
En apacible métrica armonía.  
A tí la lira mía,  
Noble Academia, hoy se consagra solo;  
A tí me manda celebrar Apolo,  
Y que á tus bellas hijas floreciente  
Corona teja amiga  
La poesía para ornar su frente,  
Premio no vil de toda su fatiga;  
Lo que no puede el oro, el verso puede;  
Que el dar eterna fama á todo excede.

## VII.

La luz y sombras dieron  
Feliz principio y sér á la Pintura;  
Creció su gracia el vario colorido,  
Y el arte del escorzo y perspectiva;  
Sólo el tacto en la viva  
Imitacion de objetos lo fingido  
Puede reconocer, y la estructura  
Que artificiosas líneas compusieron.  
Cuanto los ojos vieron,  
Cuanto ideó la fantasía, fieles  
Imitadoras copian los pinceles,  
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;  
Y con arte que admira,  
Movimientos, afectos y pasiones  
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;  
Y si le falta hablar, la vista duda  
Cómo tal perfeccion puede ser muda.

## VIII.

Con cincel primoroso,  
Noble Escultura, igual, sabes los duros  
Mármoles animar, y afecto blando  
Diestra inspirar en modelados bustos.  
Tú palacios augustos,  
Oh grande Arquitectura, levantando,  
Arcos, teatros y soberbios muros,  
Sabes tu nombre eternizar famoso.  
Aun del rodio coloso  
Dura la admiracion, y la romana  
Gente ensalza al autor de la trajana  
Columna; aun vive el nombre de Lisipo;  
Aun vive Apéles, claro  
Amigo del gran hijo de Filipo;  
Y viven, á pesar del tiempo avaro,  
Praxitéles y Zeuxis, y el que quiso (1)  
Todo el arte apurar en su Ialiso.

## IX.

Pero ¡á qué fin la aquea  
Fama me acuerda nombres y memorias  
De antiguos siglos, cuando ya los cielos  
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?  
El arte á la materia  
Excede con primores y desvelos  
En este real albergue, en quien las glorias  
De España cifra una ingeniosa idea (2).  
Tal es justo que sea  
La esfera y centro de sus grandes reyes,  
Para dar desde aquí suaves leyes  
A los dos obedientes hemisferios.  
Aquí, al vivo esculpido

(1) Protógenes, que empleó siete años en el cuadro de Ialiso, obra tan famosa, que por no interrumpirla, Demetrio levantó el sitio de Rodas, en cuyo arrabal estaba Protógenes pintando.

(2) El reverendísimo padre fray Martín Sarmiento, doctísimo benedictino, ha dado la idea de los adornos del nuevo real palacio, cuya planta y ejecución ha corrido por don Juan Sacheti, maestro y arquitecto principal de su majestad, director honorario de la Real Academia de San Fernando por la arquitectura, etc.

Por el cincel de artifices hesperios,  
Respiran reyes siempre esclarecidos,  
Y el primero es Fernando, en cuya guarda  
Ruge un leon (3) y su señal aguarda.

## X.

Mas ¡cuál tan peregrina  
Fábrica suntuosa se levanta,  
Obra de docta mano? (4) ¡A quién dedica  
Un magnifico celo (5) el nuevo templo?  
De tan devoto ejemplo  
La universal aclamación publica  
El intento piadoso, y de la santa  
Educacion los frutos adivina.  
A aquel que de la alpina  
Grey fué pastor celoso, al grande Sáles,  
Consagra estas memorias inmortales,  
De una gran reina la piedad profusa.  
Permite que en tus sienas  
Entrelace, señora, humilde musa  
Esta hiedra á los lauros que ya tienes,  
En tanto que con pleoctr más sonoro  
Se ocupa en tí todo el aonio coro.

## XI.

Sagrado evangelista,  
Tambien tus aras renovadas veo  
Por artífice diestro (6), que redujo  
Lo hermoso y grande á limitado giro.  
Allí igualmente admiro (7)  
Al pincel español, cuyo dibujo  
Ilustre hazaña y militar trofeo (8)  
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista.  
A Samuel y al salmista (9)  
Rey al ungirse, otro pincel colora;  
Y al santo Apóstol que la España implora  
Por su patron, en la feliz orilla (10)  
Del Ibero, y el sacro  
Principio de la antigua alma capilla,  
Y el Pilar y divino simulacro  
Al fresco exprime, y como todo á vuelo,  
Al suelo aragones se vino el cielo.

## XII.

Nieto del grande Albano (11),  
A quien Minerva y Marte belicoso  
Guian de la virtud al arduo templo,  
De claros ascendientes por las huellas;  
Tú tambien á las bellas  
Tres nobles artes con ilustre ejemplo  
Amparas y proteges, y oficioso

(3) Se indica el leon mármoleo colocado en la fachada principal del nuevo palacio, entre las estatuas del Rey y Reina, nuestros señores; así el leon como las dos estatuas, y otras del mismo palacio, son obras excelentes de don Felipe de Castro, escultor de cámara de su majestad, director de la Academia de San Fernando por la escultura, académico romano y florentino, y entre los académicos llamado Gallesio Libadico; obtuvo en el Capitolio el primer premio de la primera clase de la escultura, el año 1739.

(4) La fábrica del nuevo real convento de religiosas de la Visitacion, obra de don Francisco Carlier, arquitecto y director honorario de la Academia de las tres nobles Artes.

(5) La piedad y el celo de la Reina, nuestra señora, hace edificar este magnifico convento y templo, para la educacion de niñas nobles segun el instituto de San Francisco de Sáles.

(6) Don Ventura Rodriguez, teniente principal de arquitecto mayor del nuevo real palacio, director actual de la de San Fernando, etc., ha hecho la nueva iglesia de San Marcos.

(7) Don Luis Gonzalez Velazquez, pintor, académico de San Fernando, etc., que ha pintado la cúpula de la iglesia de San Marcos.

(8) Uno de los recuadros de la referida cúpula representa la batalla de Almansa, ganada por las armas del señor Felipe V, que está en gloria, el año 1707, día de San Marcos.

(9) Cuadro de la uncion de David por Samuel, presentado á la Academia por don Antonio Gonzalez Velazquez, pensionado del Rey en Roma.

(10) El mismo don Antonio Gonzalez Velazquez ha pintado al fresco, este año, la capilla de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

(11) El excelentísimo señor Duque de Huescar, mayordomo mayor de su majestad, académico consiliario de la Academia de San Fernando de las tres nobles Artes. Con el nombre de Albano se alude al gran Duque de Alba, uno de los abuelos de su excelencia, bien conocido por las historias, y por sus hazañas en los reinados de Carlos V y Felipe II.

Tiendes en su favor la amiga mano.  
Y tú, que pio, humano,  
El imperio español en paz estable  
Riges, Sexto Fernando, admite afable  
Agradecidos votos que te ofrecen  
Las artes decoradas;  
A tí las ciencias, que á tu influjo crecen;  
A tí invocan las musas, y alentadas  
Con tu piedad, de flores de Helicon  
Van tejiendo á tu frente otra corona.

Suspende aquí tu vuelo,  
Cancion; no quieras remontarte tanto:  
Es muy débil tu voz, inculco el canto  
Para tan alto empeño. Al dios de Delo  
Cede la empresa; él solo,  
Con citara divina,  
Sabrá esparcir del uno al otro polo  
El nombre de Fernando, y celebrarle.  
Tú con respeto humilde te avvicina  
A su real trono; y pues para elogiarle  
Tu amor ni voces ni conceptos halla,  
Póstrate á tu Señor, ámale y calla.

## VERSION DEL HIMNO PANGE LINGUA.

Celebra, oh lengua mía,  
El misterio inefable  
Del sacrosanto cuerpo glorioso  
Del Hijo de Maria,  
Y de la inapreciable  
Sangre que el Rey de gentes poderoso  
Vertió con larga mano  
Por el linaje humano.  
A nosotros fué dado,  
Por nosotros nacido  
De intacta virgen pura y sin mancilla;  
Y habiéndonos tratado  
El mismo, y esparcido  
De su santa doctrina la semilla,  
De admirable manera  
Concluyó su carrera.  
De la postrera cena  
En la noche, maestro y presidente,  
Con todos los apóstoles y hermanos,  
Cumpliendo enteramente  
Lo que en la ley mosaica se ordena,  
El mismo allí á los doce, por sus manos,  
Con extraño portento,  
Se entregó en alimento.  
Allí el Verbo humanado  
Con su eficaz palabra  
Convierte el pan, por modo peregrino,  
En su cuerpo sagrado.  
Igual prodigio labra,  
Su sangre haciendo lo que ya fué vino.  
Si á tan altos prodigios el sentido  
Desfallege oprimido,  
Basta sólo la fe, cuya firmeza  
Dará al pecho sincero fortaleza.  
A tanto Sacramento  
Postrados adoremos,  
Y el anticuado infructuoso rito  
Del viejo Testamento  
Por el nuevo dejemos;  
Y si el sentido falta en lo infinito  
De obra tan rara y alta,  
Supla la fe su falta.  
Al todopoderoso  
Padre, y al Hijo, que igualmente puede,  
Cántese humilde aclamacion festiva,  
Y al que de ambos procede,  
Espíritu amoroso,  
Iguales alabanzas con fe viva,  
Iguales bendiciones  
Tributen nuestros fieles corazones.

Traduccion de una oda de la poetisa Safo (1).

Ἐπιβεβαίη μοι κείνο; ἴσο; θεοῖσιν

A los celestes dioses me parece  
Igual aquel que junto á tí sentado,  
De cerca escucha cómo dulcemente  
Hablas, y cómo  
Dulce te ríes: lo que á mí del todo  
Dentro del pecho el corazón abrasa.  
Mas ¡ay! que al verte, en la garganta un nudo  
De habla me priva;  
La lengua se entorpece; ya por todo  
Mi cuerpo un fuego rápido discurre;  
De los ojos no veo, los oídos  
Dentro me zumban.  
Toda yo tiemblo, de sudor helado  
Toda me cubro; al amarillo rostro  
Poco faltando para ser de véras,  
Muerta pareczo (2).

## SONETO.

En el día de la proclamacion del Rey nuestro señor,  
don Fernando VI.

En este sacro venturoso día,  
Sexto Fernando agosto, en que os proclama  
Vuestro pueblo, y su padre y rey os llama,  
En lágrimas bañado de alegría;  
Voz por el aire oyó mi fantasía  
De dos reyes, empleo de la fama,  
De cuyo tronco sois excelsa rama,  
Que proféticamente así decia:  
«España tendrá Rey de nuestro nombre,  
Que igualará, triunfando del olvido,  
Del Tercero y del Quinto el gran renombre.»  
Entonces dije yo: «Pues si ha subido  
Fernando al trono, ¡qué hay de que me asombre!»  
Hoy mismo el vaticinio se ha cumplido.»

## JUDIT.

Traduccion de un soneto italiano de Juan Bautista Zappi.

En fin volvió Judit, volvió triunfante,  
Y el pueblo, «¡Viva, viva!» repetía.  
El héroe, de mujer nada tenía  
Más que el tejido engaño y el semblante.  
Tropel de doncellitas anhelante  
El manto, el pié besábala á porfia;  
La diestra no, porque aun miedo infundia  
Por la muerte del bárbaro arrogante.  
La voz de cien profetas lisonjera,  
«Será ilustre, decia, tu memoria  
Mientras del sol durare la carrera.»  
Grande fué su valor en la victoria,  
Pero mayor cuando volvió á su esfera,  
Estaba toda humilde en tanta gloria.

(1) Esta composicion y las cuatro siguientes, hasta ahora inéditas, están sacadas de los papeles autógrafos de la Academia del Buen Gusto, que posee el señor don Pascual de Gayangos.

(Nota del colector.)

(2) Nos ha parecido oportuno copiar aquí la aplaudida traduccion que hizo de esta célebre oda don José del Castillo y Ayensa, para que pueda compararse con la de Luzan, la cual, si no nos engañamos, aventaja á la de Castillo en sencillez y en fidelidad:

## ODA Á SU AMANTE.

Lesbia, las dichas de los dioses prueba  
Este mancebo cabe ti acostado;  
Este que goza de tu hablar suave,  
De tu sonrisa.  
¡Mírolo! triste el corazón entonces  
Ríndese oprimido, de repente falta  
Voz á mis fauces, mi trabada lengua  
Tórnase muda.  
Súbito siento que sutil discurre  
Dentro mis venas ardorosa llama,  
Huye la vista de mis ojos, zumban  
Ya mis oídos.  
Toda me cubro de sudor helado,  
Más amarilla que la yerba quedo,  
Tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo  
Débil suspiro.

(Idem.)

## SONETO.

Cuando pienso, Señor, la repetida  
Ofensa á tu deidad por mi pecado,  
Te juzgo contra mí tan irritado,  
Que me borres del libro de la vida.  
La oveja me consueta que perdida  
Volvió sobre tus hombros al ganado:  
Misteriosa figura del cuidado  
Que te cuesta la sangre redimida.  
Esta oveja infeliz, hoy separada  
De tu sacro redil, suspira ansiosa  
El dulce pasto de tu fiel manada.  
No permita, Señor, tu poderosa  
Ardiente caridad, que prenda amada  
Sea del lobo presa vergonzosa.

## EL JUICIO DE PÁRIS.

## ROMANCE BURLESCO.

Señora, el juicio de Páris  
No es el juicio de París,  
Ni el de París Montmartel,  
O el de París Du Vernay.  
Allí Páris fué un pastor  
(Años há más de tres mil),  
Hijo de Priamo el viejo,  
Rey del troyano confin.  
Ya sabéis que el ser pastor  
No era oficio entónces vil,  
Y que sabía ser cetro  
Un cayado pastoril.  
Páris, pues, gallardo joven,  
Galan, brioso y gentil,  
Guardaba en los valles de Ida,  
Con vida alegre y feliz,  
El ganado de su padre;  
Con esto solo, y servir  
A Enone, una bella ninfa,  
Que le amaba más que á sí,  
Vivia mejor mil veces  
Que Amurátes y Selim.  
Dejemos á nuestro Páris  
En este estado que ois,  
Bien hallado con sus valles,  
Con su Enone y su redil;  
Y vamos á que en el cielo  
(Esto sólo es referir  
Fábulas de falsos dioses,  
Que el griego quiso fingir);  
Vamos, digo, á que allá arriba,  
En el palacio turquí,  
Donde solían los dioses  
Comer, beber y dormir,  
Había una gran contienda,  
Cual no la ha habido hasta aquí,  
Entre tres primeras damas  
De aquella farsa gentil,  
Entre Pálas, Juno y Vénus,  
Y el motivo de esta lid  
Era una manzana de oro,  
En quien el diestro buril  
Esculpió este mote: *Dése  
A la más hermosa.* Aquí  
No extrañaréis que os acuerde  
Cuán antiguo es el reñir  
Por el oro y la hermosura,  
Causas de discordias mil.  
Cada una de las tres diosas  
La quería para sí,  
Por más bella que las otras;  
Pero ¿quién sería allí  
Tan loco ni tan grosero,  
Que sin irle ni venir,  
En disputas de hermosura  
Se atreviese á decidir?  
Júpiter, que era bellaco  
Y de ingenio muy sutil,  
Halló un medio el más al caso  
Que se pudo ocurrir,  
Y fué echar aquellas cabras

## DON IGNACIO DE LUZAN.

A un pastor; mandó venir  
A Mercurio, su volante,  
Y le habló muy serio así:  
«Véte con estas tres damas  
Sin enaguas ni chapín,  
Sin polvos y sin tontillo,  
Sin quitarlas ni añadir,  
Al valle de Ida, y á París,  
Troyano, le has de decir,  
De mi parte, que á las tres,  
A las luces de un candil,  
Si no bastan las del sol,  
Muy despacio y muy en sí,  
Las vea, las examine,  
Las especule, y en fin,  
A la que en conciencia juzgue  
Más bella y más filili  
La dé esa manzana de oro;  
Y demos con esto fin  
A quimeras y á disputas,  
Que dan tanto que decir.»  
Dicho y hecho, el buen Mercurio,  
Por los campos de zafir  
Volando con las tres diosas,  
Se presentó vis á vis  
(¿Que no hará ya un asonante,  
Pues me hace frances á mí!)  
Del pastorcillo, y en tono  
De embajada muy civil,  
Le dijo de esta manera:  
«Todos estamos aquí;  
Buenos días, Parisito;  
Esta manzana hesperil  
Habeis de dar á una de estas  
Muchachas, á la más ruin,  
Que es decir, á la más bella;  
Júpiter lo manda, ¿ois?  
La sentencia y la manzana;  
Garnacha sois, decidid.»  
Quedóse absorto el mozuelo,  
Sin voz, sin alma, sin, sin...  
No sé sin qué se quedó.  
Mas la reina Juno en sí  
Le hizo volver, pues en letras  
Contra un mercader de ofir  
Le ofrece cuatro millones  
De perlas y de rubis,  
Diciendo que le hará luégo  
Grande del Misisipi,  
O virey de Filipinas,  
O cura propio en Madrid.  
Resistió el juez al asalto,  
Y Pálas entró en la lid,  
Ofreciendo hacerle sabio  
Más que al docto don Turpin,  
Más guapo que á don Tristan,  
Más esforzado que al Cid  
Y más agudo de ingenio  
Que una vara de algnacil.  
«No ha lugar, dijo el Pastor,  
Y hable Vénus.» ¡Ay de mí!  
Si habla Vénus como suele,  
Y él la escucha, allí dió fin.  
«Páris mio (dijo Vénus),  
Lo que ofrecen hasta aquí  
Esas dos damas es una  
Patarata para tí;  
Tú no has de ser asentista,  
Ni colegial, ni arlequin.  
Deja el guerrear para un loco,  
Para un niño el escribir,  
Para un necio el ascender,  
Y tú atente á un faldellín;  
Y pues hijo eres de amor,  
Sólo has de seguirme á mí,  
En Lacedemonia hay una  
Hermosura mujeril,  
Fondo en leche y azucena,  
Con respuntes de carmin,  
Que es alhaja para un rey  
Cansado ya de parir.  
A esta belleza la tengo

Prevenida para tí;  
Si me das esa manzana,  
Elena es tuya. ¡Eleni!  
(El ta se quedó allá dentro  
Atascado, sin salir.)  
«¡A Elena me ofrecies (dijo  
El Pastor), á Elena?—Sí,  
Replicó Vénus.—Pues esto  
Se acabó, no hay que decir,  
Prosignió Páris; tú toma  
Y daca; vosotras id,  
Y ved si os dan para peras  
Algunos maravedis;  
Que aquí ya no hay más manzanas,  
Pues la que había la di.»  
Ya os pinté el juicio de Páris,  
Siendo Ovidio el maniquí,  
De lo serio á lo jocoso  
Sin discrepar en un tris.  
A imitación de este juicio,  
En España me atrevi  
A escribir otro; no es nada  
A qué asunto le escribí.  
Era el asunto un Fernando,  
Que... mas no os lo he de decir;  
Vos le veréis en los mismos  
Versos, que voy á incluir.  
Sólo os diré que el Poder,  
Ingenio y Amor aquí  
Hacen el papel que Juno,  
Pálas y Vénus allí.  
Veréis á los tres por una  
Palma también competir,  
Rio, pastor, y otras cosas,  
Que yo soñé sin dormir.  
¡Qué versos leeréis, señora,  
Que octavazas de aprendiz!  
No las hiciera peores  
Un sastre de Chamartin.  
Pero mis versos, por malos,  
Tal vez os harán reir,  
Como los que de repente  
Se dictan á don Joaquin.  
Si esto siquiera no legro,  
Me he de ir á ser alfaquí,  
Por la posta, desde el Roul  
Hasta la Arabia feliz.  
*Paris, Hôtel de Maison,*  
A diez y nueve de Abril;  
Mal dije, que son de Octubre,  
Pero algo se ha de suplir  
A este maldito asonante,  
Que me trae fuera de mí.  
*Madame, vôtre très humble,  
Et très obéissant servi-  
Teur: DE LUZAN.* Ya acabé,  
Pues yo mismo me partí.

## LEANDRO Y HERO (1).

## IDILIO ANACREÓNTICO (2).

Musa, tú, que conoces  
Los yerros, los delirios,  
Los bienes y los males  
De los amantes finos,  
Dime, ¿quién fué Leandro?

(1) Esta fábula es una de las mejores composiciones de este ilustre ingenio; está seguida con arte y concluida con todo acierto, á que ayuda no poco la especie del metro, para el cual tuvo nuestro autor gracia más particular. Así el estilo es más limpio y corregido, y la versificación más dulce, armoniosa y corriente. Y aunque el argumento es tomado del *Griego Musco*, tiene meritos la obra para poder estimarse como original.

(Nota de Lopez de Sedano en su *Parnaso Español*.)

(2) Fué recitado por LUZAN (el Peregrino) en la Academia del Buen-Gusto. (Nota del colector.)

## COMPOSICIONES VARIAS.

¡Qué dios ó qué maligno  
Astro en las fieras ondas  
Cortó á su vida el hilo?  
Leandro, á quien mil veces  
Los duros ejercicios  
Del estadio ciñeron  
De rosas y de mirtos,  
Ya en la robusta lucha,  
Ya con el fuerte disco,  
Ya corriendo ó nadando,  
Diestro, gallardo, invicto,  
Amaba á Hero divina,  
Bellísimo prodigio  
Sobre cuantas bellezas  
Que admiró y Abido.  
Negro el cabello, ufano  
De naturales rizos,  
Realzaba del cuello  
Los cándidos armiños.  
Sin proporción y gracia  
De rostro, talle y brio,  
Quiso ostentar el cielo  
Esmeros peregrinos.  
Pero en los ojos... ¡dioses!  
¿Qué quiso, ó qué no quiso,  
Para que fuesen obra  
Digna de quien los hizo?  
De ellos amor tomaba  
Fuegos arrojados,  
Cuando abrasar quería  
Tierra, cielos y abismo.  
Pero aún más que otras gracias,  
Brillaba el atractivo  
De una modestia humilde,  
De un natural sencillez.  
Tal, entre los celajes  
De nubes escondidos,  
Vibran del sol los rayos,  
Ardores más activos;  
Y tal entre las flores,  
A gustos exquisitos  
Más que una rosa agrada  
Un cárdeno jacinto.  
Viola Leandro un día  
En los cultos festivos  
Que á Vénus tributaban  
De Sesto los vecinos  
(Que era sacerdotisa  
Del templo y sacrificio,  
Y áun emulaba en todo  
Al sacro núnem ciprio).  
Viola en el gran concurso  
De los solemnes ritos  
Brillar único asombro;  
Viola, y quedó perdido.  
Y á la deidad del templo  
Con el nuevo excesivo  
Ardor que le abrasaba,  
Frenético le dijo:  
«Gran diosa de Citera,  
De Páfos y de Gnido,  
Esta mortal belleza  
Es tu traslado vivo.  
» Perdoná, pues, si á ella  
Tus mismos cultos rindo,  
Y si un traslado adoro,  
Equivoco contigo.»  
Oyó Vénus sus voces,  
Oyólas el dios niño,  
Y decretaron ambos  
Venganzas y castigos.  
Tanto el enojo puede  
En ánimos divinos?  
Un lenguaje del alma  
Ha de ser un delito?  
Dígame el que conozca  
A Vénus y á Cupido,  
Si es más cruel la madre,  
O es más cruel el hijo.  
¿Qué sé yo! Cruel la madre,  
Cruel y vengativo  
Es el hijo, que ejerce

Tiránicos caprichos.  
Miró tierno Leandro,  
Habló amante, instó fino,  
Ya mudo, ya elocuente,  
Con ojos y suspiros.  
Oyóle Hero con pecho,  
Ya tímido, ya esquivo;  
Mas poco á poco un fuego  
La entró por los sentidos;  
Un fuego que es veneno,  
Un fuego que es martirio;  
Si es martirio y veneno,  
¿Cómo es apetecido?  
De una torre en la playa  
El murado recinto,  
De esta sacerdotisa  
Era albergue y retiro.  
Allí, cantos sus padres,  
Del concurso y bullicio  
Este bello tesoro  
Guardaban escondido.  
Mas contra amor ¿qué muro  
Será seguro asilo,  
Si todo lo penetran  
Sus vencedores tiros?  
Leandro, enamorado,  
Resuelto y atrevido,  
Los reparos allana,  
Desprecia los peligros.  
Pasar nadando ofrece  
Del uno al otro sitio,  
Prometiéndole himeneos  
Nocturnos y furtivos.  
Mas sobre las almenas  
De la torre, encendido  
Quiere que un farol arda,  
De sus bodas testigo;  
Cuya luz para el nuevo  
Peligroso camino  
Sirva de norte y guía  
En rumbos no sabidos.  
Arde, farol; no ceses,  
Astro de amor benigno;  
Que astro serás de muerte,  
Si se apaga tu brillo.  
¿Quién podrá de un amante  
Estorbar los designios,  
Si el amor é himeneo  
Los promueven unidos?  
Lleno ya de esperanzas  
Vuelve Leandro á Abido,  
Y cuenta los instantes  
Como si fueran siglos.  
Aquel día primero  
Parecióle infinito,  
La luz del sol odiosa,  
Larguísimo su cielo,  
Sólo impaciente anhela  
Que se anticipe el giro  
De la estrellada noche,  
Las sombras de Cocito.  
Llegó en fin de las sombras  
El lóbrego dominio,  
Oscuraciendo objetos  
Bemotos y vecinos.  
El joven, en la playa  
Arrojando el vestido,  
A las ondas se entrega  
Con intrépido brio;  
Y alternando de brazos  
Y piés el ejercicio,  
Ágil y diestro rompe  
El impetu marino.  
Nereidas, que asustadas,  
En vuestros cristalinios  
Palacios admirasteis  
Empeño tan no visto,  
Decidme, ¿cómo pudo,  
Imitador de Frixo,  
Surcar el Ponto, siendo  
Piloto de sí mismo?  
Mas ya había gran trecho

Del piélagos vencido,  
Y ya el cansado brazo  
Rehusaba su oficio.  
Clara, brillante luna,  
Con rayos reflexivos,  
De Anfitrite á los campos  
Daba argentados visos.  
Leandro, ya al extremo  
Término reducido,  
A su favor acude  
En el fatal conflicto.  
«Diosa triforme, dice  
Con ánimo sumiso,  
Protectora de amantes,  
Propensa siempre á oírlos;  
» Si los casos de Latmo  
No has puesto aún en olvido,  
Y sabes lo que puede  
Un amor como el mio,  
» Séame aquí tu núnem  
Favorable y propicio,  
Y en la playa de Sesto  
Dame el puerto que pido.»  
Fuese el favor del núnem,  
O fuese el norte fijo  
Del farol, que ya cerca  
Vió arder con grato auspicio,  
O fuese amor, que suele  
Con prósperos principios  
Atraer los amantes  
A infaustos precipicios;  
Cobrando nuevo aliento,  
A esfuerzos repetidos,  
Afierra de la arena  
El suelo movedido.  
Allí, á aguardarle sola,  
Su fina esposa vino,  
Y al verle, tiembla toda,  
De susto y regocijo.  
«Vén, esposo, le dice;  
Llega á los brazos míos;  
Para exponerte tanto,  
¿Cómo ha de haber motivo?  
» Amor venció tan duro  
Insólito camino.  
¿Cómo vienes? ¿Qué núnem  
Tu conductor ha sido?»  
Así diciendo, enjuga  
Los restos del rocío  
Salobre que del cuerpo  
Corrian hilo á hilo;  
Y á la torre le guía,  
Aliviando el prolijo  
Afan con oficiosos  
Brazos entretejidos.  
Entre tanto Himeneo,  
Volando en torno, el vivo  
Sagrado fuego enciende  
De sus nupciales pinos.  
Pero antes que saliese  
El astro matutino,  
Ya volvía Leandro  
A su confin nativo.  
Así todas las noches,  
Por el silencio amigo,  
Iba nadando á Sesto,  
Centro de sus cariños.  
Tal ruisenor amante  
Vuela y revuela al nido,  
Donde de su consorte  
Le llama el tierno pico.  
Pero en amor, ¿qué halago  
Se vió jamás continuo?  
Movibles son sus dichas,  
Sus escarmientos fijos.  
En fin salió una aurora  
Con ceño y desalino;  
Signióse triste día  
En tenebroso Olimpo;  
La noche añadió horrores;  
Y para más cumplirlos,  
Dió licencia á los vientos

Eolo, su candillo.  
 Bóreas, Abrego y Noto,  
 Con tropel imprevisto,  
 Turban las quietas ondas  
 Del Jonio y del Euxino.  
 Bramaba el mar airado  
 Con espantable ruido,  
 Y respondía á truenos,  
 Desgajado, el Empíreo.  
 Ardía el aire á rayos,  
 Cuyo esplendor maligno,  
 De la celeste saña  
 Era funesto indicio.  
 Siete días pasaron  
 Sin mostrarse de Cintio  
 La luz, y siete noches  
 Sin luceros ni signos.  
 Leandro, en tanto triste,  
 Anhela ver tranquilo  
 El mar, y ya calmados  
 Los vientos enemigos.  
 Pero al fin, impaciente,  
 Cediendo á su destino,  
 Fuése á la playa, y de esta  
 Manera habló consigo:  
 «Corazon, ¿qué te espanta?  
 ¿Qué importará que tibios  
 Huyamos de una muerte,  
 Si de otra nos morimos?»  
 Dijo; y de su arrestado  
 Amante desvario  
 Im pelido, se arroja  
 Almar embravecido;  
 Y á pesar de su furia,  
 Contra los torbellinos

Lucha con fuerte brazo  
 Por no poco distrito.  
 Pero ya se redoblan  
 Del Aquilon los silbos,  
 Levanta el mar sus olas,  
 Aumenta sus bramidos.  
 ¡Ay, misero Leandro!  
 Ya con dolor te miro.  
 Contiguo á las estrellas,  
 Y al Tártaro contiguo.  
 Agotadas las fuerzas,  
 Sin aliento, sin tino,  
 Y del farol amado  
 El claro norte extinto;  
 Viendo por todas partes,  
 Presente á los sentidos,  
 De la pálida muerte  
 El bárbaro cuchillo,  
 A las ondas se vuelve  
 Trémulo y semivivo,  
 Hallar piedad pensando  
 Donde nunca la ha habido.  
 «Ondas, si darme muerte  
 Es decreto preciso,  
 No á la ida, á la vuelta,  
 Matadme á vuestro arbitrio.»  
 Las crueles ondas niegan  
 Al ruego los oídos,  
 Y le sepultan dentro  
 De su profundo abismo.  
 Entonces, exhalando  
 El último suspiro,  
 Tres veces á Hero llama  
 Con lamentable grito;  
 Tres veces por el aire

Repitieron distinto  
 El nombre aquellas playas,  
 Aquellos altos riscos.  
 Vióle el alba otro día,  
 Cuando dejaba al Indo,  
 Y tuvo horror del triste  
 Espectáculo indigno.  
 Al pié de la alta torre,  
 Del mismo mar traído,  
 Yacia el infelice  
 Yerto cadáver frío,  
 Cual suele quedar mustio  
 Cárdeno hermoso lirio,  
 Si le arrancó el arado  
 O deshojó el granizo.  
 Vióle Hero, y de la torre  
 Se arroja sobre el mismo  
 Cadáver, y allí logra  
 En la muerte su alivio.  
 Así tuvieron ambos  
 Igual fin indiviso,  
 Viéndose en vida y muerte  
 Hero y Leandro vivos.  
 Es fama que lloraron  
 De Sesto los sombríos  
 Bosques, y que se oían  
 Mil veces los gemidos.  
 Y al huésped extranjero,  
 Llorando compasivo,  
 Contaba el triste caso  
 El morador de Abido.  
 Y hasta en lejanos climas,  
 Con flébil tierno estilo,  
 El trágico suceso  
 Cantaba el *Peregrino*.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON IGNACIO DE LUZAN

## DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA. CONDE DE TORREPALMA.

### NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

#### I.

Á pesar de los aplausos que en el siglo pasado y en el presente se han prodigado á *El Deucalion*, nadie ha intentado siquiera conocer la vida de su autor.

Ignorábanse hasta el año y el lugar del nacimiento y de la muerte de DON ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA; pero, á fuerza de investigaciones, y siguiendo algunas conjeturas que no han quedado defraudadas, el colector de estas poesías ha tenido la fortuna de dar con varios datos esenciales de la historia de este poeta, y entre ellos con su partida de bautismo (1). En ella consta que nació en la ciudad de Alcalá la Real, el día 3 de Setiembre de 1706. Su padre, el Conde de Torrepalma, establecido en Granada, pertenecía á la alta nobleza de Andalucía (2). Era éste uno de los varones más ilustrados de su tiempo, y DON ALFONSO, aficionándose á las letras, no hizo más que seguir la senda que le habia trazado el paternal ejemplo. Así es que llegó á entrar gloriosamente en la *Academia Española* y en la de la *Historia*, y fué conciliario de la de *San Fernando*.

Los primeros pasos de la vida pública del Conde, tal vez por la malevolencia de sus émulos, hubieron de acarrearle amargos sinsabores. De ello dan indicio unas octavas que le dirigió su hermana, sor Ana de San Jerónimo, como para infundirle aliento contra la adversidad. Mayor en

(1) Esta partida se halla en el libro décimo de bautismos de la santa iglesia mayor y colegiata de Santa María de la Mota, de la ciudad de Alcalá la Real (provincia de Jaen), y dice así:

«En veinte y cuatro dias del mes de Setiembre de mil setecientos y seis, el ilustrísimo señor Doctor don Diego Castell Ros de Medrano, Abad de esta Abadía, del Consejo de Su Majestad, y Calificador de la Suprema y General Inquisición: baptizó en esta Santa Iglesia (*more Episcopi*) un niño que nació á tres de dicho mes, y le puso por nombre Alfonso, Ignacio: hijo legítimo del señor don Pedro Verdugo Albornoz, Caballero del Hábito de Alcántara, Conde de Torrepalma, Corregidor, Justicia Mayor que ha sido de esta ciudad y las demas de su partido, y al presente lo es de la de Granada: y de la señora doña Isabel María de Castilla, Lasso de Castilla, su legítima mujer. Fué su padrino el reverendo padre fray Juan Mexias, predicador actual en su Convento de Nuestra Señora de Consolacion de esta ciudad, con licencia que exhibió de su Provincial; y testigos los Licenciados don Juan de Aranda Pineda, Vicario; don Juan Antonio de Guelte, Notario de la Santa Inquisición de Córdoba y Beneficiado propio de la Parroquial de

Santo Domingo de Silos de esta ciudad; don Cristóbal Cedillo y don Francisco Garrido Espinosa de los Montes, Curas de esta Santa Iglesia.»

(2) Era señor de Gor, de Herrera, de Valdecañas, de Boloduy, de Santa Cruz, del Nacimiento; capitán perpétuo de la nobleza de la ciudad de Carmona, etc. Se casó dos veces. En primeras nupcias, con doña Josefa de Adorno, señora de Romanina, de la cual no tuvo sucesión. En segundas nupcias, con doña Isabel María de Castilla y Lasso de Castilla. Con esta señora tuvo numerosa prole; pero sólo llegaron á edad adulta un hijo varón, DON ALFONSO, y cuatro hijas, á saber: doña María Antonia, que en 1710 casó en Granada con el señor don Nicolas Alvarez de Bohorques, marqués de los Trujillos (con cuyo enlace, por no haber dejado sucesión el DON ALFONSO, se unió á la casa del Marqués de los Trujillos el mayorazgo de los Verdugos, condes de Torrepalma, y los mayorazgos de los Castillas, señores de Gor); doña Juana y doña Ana (ambas religiosas), y otra hermana menor, doña Isabel Sofía, la cual casó con don Juan de Cárdenas. (*Apunte sacado de los archivos de la casa del Duque de Gor.*)